

LENGUAJE, EPISTEMOLOGIA Y METAFISICA
SEGUN BERTRAND RUSSELL

BERTRAND RUSSELL. — *Investigación sobre el Significado y La Verdad*. — Editorial Losada S. A. — Buenos Aires, 1946. 430 págs.

En este denso libro, fruto de varios años de estudio, (que culminaron en los cursos dictados entre 1938 y 1940 en varias Universidades, y donde las discusiones sostenidas en diversos Seminarios dieron al autor ocasión de profundizar en sus propios resultados), dedica su atención Bertrand Russell al estudio de problemas lingüísticos en relación con la epistemología. Entra extensamente en el estudio del lenguaje, pero no considerado en la filosofía interna del mismo, sino en su relación con el mundo objetivo.

Como él mismo dice, y siguiendo un orden natural, «la epistemología tiene que disponer en un orden determinado todas nuestras creencias, tanto aquellas de que estamos convencidos, como las que sólo nos parecen más o menos probables, comenzando con aquellas que, por reflexión tenemos por creíbles, independientemente de cualquier argumento en su favor, e indicando la índole de inferencias (en su mayoría no estrictamente lógicas) por medio de las cuales pasamos de estas a otras creencias derivadas. Estas aserciones sobre cuestiones de hecho que parecen creíbles independientemente de cualquier argumento en su favor pueden ser calificadas de «proposiciones básicas». Se hallan conectadas con ciertos fenómenos no verbales, que pueden ser llamados «experiencias»; la índole de esta conexión es uno de los problemas fundamentales de la epistemología» (p. 19).

Los elementos de estudio de este libro, podemos clasificarlos de la siguiente manera: en primer lugar están las simples expresiones verbales; de estas expresiones verbales se forman las proposiciones; estas proposiciones, también de carácter verbal, son de dos clases: «proposiciones básicas», y proposiciones inferidas; en esta inferencia, hay un doble aspecto, el lógico, que nos habla de la relación entre las proposiciones inferidas y las proposiciones básicas, y el psicológico que implica el examen del grado de duda o de certidumbre que sentimos con respecto a cualquiera de las dichas proposiciones, los métodos para disminuir la primera y acrecentar la última; finalmente existe todavía el problema más importante, del cual depende todo el valor de los problemas anteriores: cuál es: «la relación entre las proposiciones básicas y las experiencias, es decir, entre las proposiciones que vienen en primer lugar en el orden epistemológico con los fenómenos que, en algún sentido, son el fundamento que tenemos para aceptar aquellas proposiciones» (p. 19). Este último problema, del cual depende, como puede fácilmente pensarse, el valor objetivo de nuestro lenguaje, es el principal a que se refiere Russell en esta obra. Tiene muchos capítulos dedicados a la parte introductoria, de las palabras, de las oraciones y de la relación de una experiencia con una oración que la describe parcialmente; tiene ciertos análisis del lenguaje, en los que llega a distinguir entre el «lenguaje

primario» y el «lenguaje secundario», o «lenguaje inferior» y «lenguaje superior»; en el primero figuran las palabras directas y comunes de todo lenguaje; y en el segundo ciertas palabras que Russell califica de «lógicas» como «verdadero» y «falso», «o», «no», «algún» y «todo». Estas palabras son más bien expresión de un estado subjetivo del locutor, que referencia a aspectos objetivos.

Pero lo más importante de la obra, está en los capítulos donde analiza la naturaleza de las proposiciones básicas, y su relación de verdad o de falsedad. Evidentemente que este análisis desemboca al problema de la posibilidad o de la existencia y legitimidad de la metafísica. Por eso llega el autor a esta última cuestión: «¿Hasta qué punto las categorías lógicas del lenguaje corresponden a elementos del mundo no-lingüístico, sobre que versa el lenguaje? (la duda puede afectar incluso a la posibilidad escueta de tal correspondencia). Planteando la cuestión con otras palabras: ¿proporciona la lógica una base para las doctrinas metafísicas? A pesar de cuanto hayan dicho los positivistas lógicos, concluye Bertrand Russell, me inclino a contestar esta pregunta en sentido afirmativo; pero es una materia tan difícil, que no me arriesgaría a ser dogmático en ella» (p. 23).

Hemos dado una idea general de la marcha de esta obra, una de las últimas producciones de Russell. Es verdaderamente notable su conclusión, sobre la que vamos a volver inmediatamente. La impresión general que la lectura de la obra nos ha producido es de la sinceridad que caracteriza la posición filosófica de Russell. La tenemos a veces por excesivamente meticulosa, en lo que se refiere al análisis e interpretación de hechos que parecen suficientemente comprobados. Con frecuencia la exposición misma peca de retorcida y alambicada. Hay muchos análisis, especialmente en la primera parte del libro, y abundan también a través de toda la obra, en que el empeño del estudio determinado de «cada uno» de los elementos, llega a impedir o a oscurecer un resultado claro y determinado. Aquí podemos decir, con alguna frecuencia, que los árboles impiden ver el bosque. No negamos el valor de muchas discusiones, y la sinceridad con que están entabladas. Pero creemos que hubiera sido práctico para los lectores una exposición más ceñida, clara y compendiosa o precisa al fin de cada capítulo, o de las fases principales de la investigación, sobre los resultados definitivos de la misma y sus fundamentos esenciales.

Como ejemplo, dentro ya de la médula misma de la obra, podríamos referirnos a los capítulos 14 al 17 dedicados al estudio directo de las proposiciones, y donde se expone la teoría de la verdad y de la falsedad, de la verdad y de la experiencia. Es verdaderamente interesante todo el estudio de estos cuatro capítulos, en los que Russell se echa a fondo a averiguar hasta qué punto existe correspondencia entre los elementos lingüísticos de una proposición, y los elementos objetivos no lingüísticos que pueden hacerla falsa o verdadera. Para Russell hay que distinguir en toda proposición, y tratamos de «proposiciones básicas», que son las que más inmediatamente se fundan en la experiencia, entre lo que una proposición *significa* y lo que *expresa*. «Lo que es *expresado*, es siempre un estado presente del locutor; lo que es *indicado* puede ser un estado semejante, aunque de ordinario no lo sea. Lo expresado y lo indicado solo pue-

den ser idénticos cuando lo indicado es un estado presente al locutor » (p. 366). En otras palabras, toda oración expresa el estado interno mental del sujeto; como es la expresión, en su calidad de oración verbal, de una oración mental; lo que es indicado, en cambio, es, aquello a que la oración se refiere, el objeto que quiere indicar, que puede ser un estado subjetivo (y en tal caso lo expresado e indicado pueden ser idénticos) o algo extrasubjetivo, un objeto, o un suceso externo al locutor. La oración puede ser verdadera o falsa con relación a lo que es indicado, es decir si coincide con aquello que indica. Como se ve concuerda Russell con la noción clásica de verdad o falsedad de la lógica y de la epistemología tradicional.

Russell llega a la conclusión de que una oración espontánea, que indica lo que expresa, es verdadera por definición. Siendo oración espontánea la que expresa un estado subjetivo, no hay dificultad para Russell en llegar a una comprobación de la verdad de la misma. El locutor experimenta su propio estado que expresa. Pero cuando se trata de una oración acerca de un objeto externo al locutor, por ejemplo, un objeto visible, « eso es un perro », surge el problema de comprobar la correspondencia entre lo que la oración indica y lo que es indicado, y por lo tanto de la comprobación de la verdad de dicha proposición.

Russell estudia a fondo este problema. No vamos a detenernos en recorrer su análisis, que juzgamos interesante, especialmente en la refutación de la actitud positivista, que, por fuerza, debe llegar en algún momento a admitir algo no comprobado por la experiencia, es decir, fruto de una evidencia o de una inferencia que no es de orden directamente experimental. La conclusión a que llega es: « se verá que, a menudo, es algo remoto y causal la relación de una creencia u oración [lo que expresa], con lo que indica, es decir su verificador (si lo tiene). Y también que, aunque conocer un verificador signifique percibirlo, a no ser que nuestro conocimiento deba resultar vacuo hasta lo increíble, tenemos que conocer la verdad de muchas oraciones cuyos verificadores no pueden ser percibidos ». Esta conclusión anti-positivista, es sin embargo abiertamente mitigada porque a continuación añade Russell: « tales oraciones contienen siempre una variable en la que el nombre de verificador puede presentarse, si nuestras facultades perceptivas son suficientemente extensas » (p. 278).

En los capítulos siguientes vuelve Russell sobre su actitud en orden a la comprobación objetiva de lo que responde a nuestras proposiciones, y al valor de su significado. Nuevamente tiene que entenderse con el positivismo. Podemos, según lo hemos comprendido, resumir sus conclusiones en la siguiente forma. Todo aquello que puede ser objeto de una comprobación experimental, como son las proposiciones básicas que expresan un estado subjetivo del locutor, es *verdadero*, y además puede ser *verificado* como tal. En cambio las proposiciones básicas que se refieren a estados extrasubjetivos, no pueden ser verificadas sin presuponer el valor de alguna inferencia como verdadera. Russell da por asentado que puede haber y que pueden admitirse proposiciones « verdaderas », aún cuando su significación no pueda comprobarse experimentalmente. De lo contrario, dice él, deberíamos caer en un puro solipsismo, lo que se da decididamente por absurdo. Confiesa, por una parte, Russell, que el positivismo no tiene una *refutación lógica evidente*. Pero, por otra parte, insiste en que es necesario

admitir, contra el positivismo, la verdad de ciertas proposiciones básicas, de ciertos principios que legitiman algunas de nuestras inferencias elementales, y que tales proposiciones, principios e inferencias *son verdaderos*, aún cuando no se pueda dar de ellos una verificación estrictamente experimental. Sin embargo llega a afirmar Russell en su último capítulo, titulado « *Lenguaje y metafísica* », que el positivismo no puede ser consecuente consigo mismo y que, por necesidad, debe utilizar términos universales, si no quiere encerrarse en el más absurdo solipsismo; que toda la tendencia de la significación de nuestro lenguaje se inclina mucho más favorablemente hacia la existencia real del mundo físico, que hacia el agnosticismo metafísico. No es poco el camino recorrido.

Pero, si Russell niega que sea necesaria la evidencia para admitir algunas proposiciones o inferencias, se le puede preguntar, con qué motivo admite en ciertos casos la evidencia de otras proposiciones, que carecerían de justificativo o verificativo para nosotros. Nos parece que hay aquí una falta de lógica. La evidencia es ciertamente un criterio de verdad admitido. Donde ella falta, ¿con qué derecho se admite la verdad de ciertas proposiciones? ¿Sólo por una necesidad práctica? pero si este fuera el resultado, no sería necesario realizar mayores investigaciones filosóficas, sino que bastaría la necesidad práctica de admitir todo lo que el sentido común nos presenta como verdadero. La epistemología estaría de más.

Creemos que la solución está, no solamente en admitir como verificadamente *evidentes* las proposiciones básicas que expresan un estado del locutor, no solamente como evidentes los hechos de experiencia inmediata, sino también *los principios* en que se fundan nuestras inferencias. Solamente admitiendo, justificando y verificando la evidencia de dichos principios, se puede llegar a satisfacer todas nuestras exigencias intelectuales de una crítica del conocimiento.

La justificación de tales principios no solamente debe establecerse, lo que concedemos, en el orden abstracto, sino también en una confrontación de los mismos con las experiencias concretas. Comprobada esta relación de los principios con su realización concreta, es posible ya construir un puente entre el orden puramente especulativo de los principios y nuestras experiencias, y justificar, en esa forma, también con *base experimental*, nuestras proposiciones básicas, que significan objetos o hechos externos al locutor.

Repetimos que la obra, aunque frecuentemente difusa en la exposición y de lectura pesada, contiene análisis de gran interés, sobre todo en la parte negativa, digámoslo así, en que muestra la falta de lógica y la inconsistencia fundamental del positivismo puro, que a nuestro parecer es el único auténtico positivismo. Porque *más o menos* positivistas, en cuanto que de la experiencia hacen derivar y fundar el conocimiento en alguna manera, son todos los filósofos que se mueven sin llegar a ninguno de los dos extremos: el puro positivismo y el puro idealismo.